AÑO VIII — VIERNES 1.° DE JUNIO DE 1906 — NÚM. 2.427

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Segovia: UNA peseta al MES

Provincias: 3 meses. ptas.		3,50
»	6 »	7
»	12 »	14
Extranjero: 3	»	8,50
»	6 »	16
»	12 »	32

Diario de Avisos

PRECIOS DE ANUNCIOS

Anuncios y comunicados á precios convencionales

Esquelas de defunción desde 5 pesetas en adelante

La correspondencia administrativa debe dirigirse AL ADMINISTRADOR

Apartado núm. 25.

Redacción é imprenta: PLAZA DE GUEVARA, NÚM. 2. SEGOVIA *Administración:* PLAZA MAYOR, NÚMERO 5.

SUPLEMENTO AL "DIARIO DE AVISOS"

Explosión de una bomba en Madrid

Nuestra protesta

Bajo la impresión dolorosa que ha producido en toda conciencia honrada el criminal atentado cometido ayer en Madrid, cuando el pueblo se congregaba para festejar á sus Reyes que acababan de santificar su amor ante las gradas del altar, trazamos hoy estas líneas de enérgica protesta contra hecho tan bárbaro que rechazará indignado el mundo entero, felicitándonos de que hayan quedado á salvo las vidas de los Reyes de España, y lamentando al mismo tiempo tan abominable tragedia que no sólo hiere en lo más vivo nuestros sentimientos nacionales, sino que nos llenará de afrenta ante el mundo civilizado.

Anoche precisamente se cumplía el primer aniversario del atentado contra nuestro Rey en París. En las calles de Madrid, en medio de unas bodas que se celebraban con asentimiento general, cuando todo hablaba de esperanzas halagadoras, se ha repetido el bárbaro intento, aquí, entre nosotros, aun con mayores daños que en la capital francesa. Porque aquí ha corrido sangre humana, sangre de seres inocentes que tomaban parte en el júbilo general ó cumplían con su deber, bien ajenos del crimen que les iba á inmolar con brutalidad espantosa.

Contra secta tan inhumana y que abriga propósitos tan inícuos, deben esgrimirse todos los medios de represión, por enérgicos que éstos sean. La salud de la humanidad así lo exige.

Y ahora, consignada esta protesta nuestra contra el criminal atentado, vamos á informar á nuestros lectores de cuantas noticias tenemos sobre un suceso que tendrá inmensa resonancia en todo el mundo.

—

Muertos y heridos

Poco antes de las dos de la tarde llegaba la Real Carroza cerca del Ayuntamiento, deteniéndose allí unos minutos, durante los cuales eran objeto los Reyes de una ovación delirante.

Al reanudarse la marcha de las carrozas se daban estruendosos vivas al Rey simpático y valiente y á la Reina guapa que eran contestados por millares de personas con el más vivo entusiasmo.

Cuando llegaba la carroza en que iban nuestros reyes frente á la iglesia de Santa María, se arrojaron de los balcones muchas flores y ramos, produciéndose una detonación que parecía un cañonazo, viéndose caer como herido por un rayo uno de los caballos de lanza de la real carroza.

El cochero que iba en el pescante se tiró al suelo, habiéndose producido graves heridas.

En medio de la espantosa confusión que se produjo, pudo advertirse que se trataba de un atentado anarquista que acababa de causar grandes desgracias.

Muchas mujeres se desmayaron, buscando otras llenas de profunda amargura individuos de su familia.

Parte del público que había estacionado frente á la casa núm. 88 de la calle Mayor, pudo apercibirse que de uno de los balcones del último piso ó del tejado de dicha casa cayó una bomba envuelta en un ramo de flores y que debió estallar en el aire.

Sobre el pavimento cayeron muertos varios soldados de los que formaban en las filas.

La Guardia civil cercó la casa, y se dispuso á reconocer todas las habitaciones de la misma, no permitiéndose ya salir á nadie de órden de la autoridad.

En el suelo veíanse inmediatamente después de ocurrir la explosión los cadáveres horriblemente mutilados de soldados, palafreneros y paisanos.

Al detenerse la carroza real fué rodeada en el acto por el cuarto militar, la Escolta del Rey, el Capitán General y varios oficiales, esforzándose las fuerzas de caballería, en contener al público que lleno del más profundo terror corría en todas direcciones.

Su Majestad el Rey con un valor y una serenidad que tanta fama le han conquistado, sacó el cuerpo por la ventanilla de su lado, gritando al pueblo:

—¡Calma!, ¡Calma!, ¡No asustarse!

Sus Majestades el Rey y la Reina doña Victoria, se bajaron tranquilamente del coche á enterarse del suceso, en medio de las ovaciones del público.

Lo primero que hicieron, fué enterarse de las desgracias que la bomba había producido.

Las personas que en aquel momento se encontraban al lado de nuestros monarcas, pudieron apercibirse de la emoción profunda que experimentaba la reina Victoria.

Muchas señoras sufrieron síncopes, atropellándose la multitud tan desordenadamente que, cuando las fuerzas del Ejército lograron despejar, veíanse por el suelo, en confusión horrible, muchos sombreros de señoras y de caballeros y la corneta de un soldado de infantería esparcidos entre los cuerpos destrozados por los proyectiles de la bomba.

Tan pronto como sonó la detonación echó pie á tierra el Presidente del Consejo de Ministros Sr. Moret y se trasladó junto á la carroza de SS MM.

Los reyes descendieron del coche, y se trasladaron á la carroza de respeto que iba delante, y en ella se dirigieron á Palacio, habiendo sido objeto de la ovación más delirante, durante el tiempo que permanecieron en el lugar del atentado.

Algunos de los testigos presenciales suponen que fueron dos las bombas que se arrojaron. La primera vino á caer bajo los caballos de la Real carroza y la segunda fué á chocar contra los hierros del balcón de uno de los pisos de la casa número 88, ocasionando la muerte de algunas de las personas que se hallaban presenciando el paso de la comitiva.

Casa del duque de Ahumada.

El cuadro que presentaba esta casa era aterrador. Las habitaciones que daban á la calle estaban llenas de sangre. La familia de las víctimas daban gritos desgarradores que al oirse en la calle producían el mayor espanto.

Desde un balcón del piso principal estaban viendo pasar la comitiva la Marquesa de Tolosa y su hija María. Ambas quedaron allí mismo muertas, doblando sus cuerpos sobre los hierros del balcón.

El Marqués de Tolosa, tan pronto como tuvo noticias del atentado acudió á casa del marqués de Ahumada para enterarse si había ocurrido algo á su familia.

Al verle entrar en el portal de la casa una persona conocida se acercó á él y le dijo: «Tu hija María y tu mujer han muerto.» Se comprende la terrible impresión que hubo de producirle tan fatal nueva cayendo presa de un síncope, siendo auxiliado por unos guardias y por las personas que se hallaban junto á él.

Pasados unos momentos logró reponerse y con algún trabajo pudo subir á la casa donde se encontró con los cadáveres de su mujer y de su hija.

En otro balcón del mismo piso quedó muerto de una terrible herida en la cabeza, que daba salida á la masa encefálica, el secretario del Presidente del Consejo de Ministros, señor Moret, D. Antonio Calvo González. Con él se hallaba su sobrina Carmen Prieto Calvo, la cual quedó también muerta con una terrible herida en el abdomen. Don Julio Prieto, padre de esta niña, también resultó herido.

La casa de la bomba

En uno de los pisos de la casa número 88 de la calle Mayor, hay establecida una casa de huéspedes.

Dícese que en el balcón desde el que fué arrojada la bomba, quedaron muertas dos personas.

La circunstancia de asomarse la dueña del piso, inmediatamente que estalló la bomba por un balcón que daba á la calle del Factor, pidiendo socorro, sirvió para confirmar que desde allí fué arrojado el proyectil.

Dicha señora decía á grandes gritos: «Aquí.... que suban, que hay dos heridos.»

Inmediatamente subieron á dicho piso el ministro de la Gobernación, el Gobernador civil y el Jefe de Vigilancia, acompañados de fuerzas de la Guardia civil, haciendo un registro en la casa y reconociendo todos los papeles de los huéspedes que allí había.

Al frente de dicha casa de huéspedes figuraba don José Cuesta, el cual conducido al Gobierno civil, fué interrogado minuciosamente sobre cuantos datos podía aportar de cada uno de los huéspedes.

Parece ser que el que ofrece más sospechas, es uno que entró en la casa hace dos días.

Dícese que en la escalera de la casa, se encontró el cadáver de un sujeto con un tiro en la cabeza.

También se dice que fué detenido un joven de unos veinte años, con bigote rubio y que iba vestido con elegancia.

Fué conducido á la Capitanía General, costando gran trabajo llevarlo allí, pues muchas personas, creyéndole el autor del atentado, quisieron lincharle.

Casa de Socorro

El el automóvil del Conde de Romanones, fué trasladado á la Casa de Socorro un corneta herido.

Hay también heridos un capitán y dos primeros tenientes.

Una mujer y unos niños también fueron llevados heridos á la Casa de Socorro.

Uno de los Caballerizos resultó herido en un pie.

El Marqués de Sotomayor, jefe de la escolta del Rey que iba al lado de la Real carroza en el momento de la explosión, fué herido aunque levemente.

También se dice que un hijo del General Weyler figura entre los heridos graves.

El guardia de seguridad Agustín Chueca, corneta de la Compañía del distrito del Hospital, fué gravemente herido en una rodilla. La corneta tiene una gran cortadura que casi la divide en dos, por efecto de uno de los proyectiles.

Farmacia militar

La farmacia militar establecida en la calle Mayor, quedó convertida en hospital de sangre; allí fueron llevados un palafrenero, un oficial de Wad-Ras, un soldado y un corneta los cuatro muertos por la explosión, los cuales estaban horriblemente desfigurados.

Allí llevaron también tres sujetos gravemente heridos.

Pasados los primeros momentos de estupor, empezaron á trasladar los cuerpos de las víctimas y al trasportar á un soldado que agonizaba, un sacerdote de la iglesia de Santa María, le administró la Extremaunción.

Esta ceremonia conmovió profundamente á cuantos la presenciaron y muchas mugeres lloraban á lágrima viva.

Gran número de señoras que en aquellas inmediaciones presenciaban el paso de la comitiva, sufrieron síncopes y accidentes.

Unos lanzaban gritos de terror, otros maldecían é increpaban á los autores de tan execrable crimen; los soldados, sobrecogidos de terror, no podían contener á la gente que, corriendo en todas direcciones, se atropellaban con el mayor desorden y confusión.

En aquellos momentos se vió aparecer un guardia de seguridad llevando en brazos á una criatura de unos cinco años con un ojo fuera de la órbita y varias heridas en la cara.

Recostada sobre la pared de una casa de las inmediaciones se hallaba una pobre joven de unos veinte años, con las piernas destrozadas.

El espanto producido en los primeros momentos fué causa de que no fuesen inmediatamente socorridas, las víctimas produciendo una terrible impresión ver tantas estendidas por el suelo.

Lo que dice el cochero real

El cochero que guiaba la carroza real se llama José Tricoz.

Está herido; cuando entró en la farmacia Militar tenía la cara llena de sangre, y quemado el uniforme.

Iba guiando—dice—cuando sentí un golpe fuerte en la cara. Inmediatamente oyó la explosión, sintiendo á su lado el fogonazo.

Los caballos, espantados, pretendieron correr; pero cayeron unos heridos y otros muertos á poco trecho.

El coche sufrió grandísimos desperfectos.

Tricoz vió caer tres palafreneros.

Tiróse del pescante cuando vió á los Reyes apearse del coche, y fué llevado á la farmacia.

Con él entró el palafrenero Fraile, que tiene todo el maxilar destrozado.

El suceso visto desde un balcón

Los balcones de la casa del ilustre escritor y ex-ministro Sr. Mellado estaban á la hora de pasar la comitiva regia, de regreso del templo de San Jerónimo, llenos de distinguidos amigos de la familia, caballeros, señoras y señoritas, de cuyos labios, trémulos por el espanto, se oyó acabado de ocurrir el suceso, un relato de la brutal agresión.

Acababan de pasar los coches de los grandes de España y de los Príncipes extranjeros. El vocerío popular vitoreando á los regios desposados, señalaba la presencia del coche Real.

Ansiosas todas las miradas se fijaban en la gentilísima pareja, que en todo y por todo cautiva justamente los corazones españoles.

Se observaban desde el balcón, con la ansiedad natural, hasta los detalles menores.

Esta fijeza permitió ver claramente al avanzar el coche Real, que un objeto negro, pesado, caía sobre el coche regio.

Lo lanzaban desde la acera derecha, junto á la Embajada de Italia y frente á la calle del Factor.

Ver el objeto siniestro y sentirse una terrible explosión fué todo uno.

La confusión, el pánico, fué indescriptible. Corría la gente, aterrada, en todas direcciones, sin orden, atropellándolo todo. Del público caía gente al suelo, algunos de ellos ensangrentados; las filas de tropa se descompusieron; varios soldados caían heridos, soltando el fusil y lanzando un ¡ay! desgarrador.

El corazón se oprimía angustiosamente ante el espectáculo terrible, único.

La altura y distancia de los balcones permitía ver hasta los detalles menores con esa fijeza que imprimen á la mirada los trances siniestros.

La bomba fué lanzada horizontalmente desde el sitio que en la acera ocupaba el gentío, y á esto se debe quizás que las víctimas no sean en mayor número.

Cayó la bomba sobre la rueda derecha del juego delantero.

Los caballos, espantados por la explosión, intentaron galopar, pero al hacerlo caían cuatro de ellos muertos ó heridos.

Eran blancos los caballos; cuando después del suceso, se les vió, tres de ellos estaban negros por la explosión debajo de sus patas ocurrida.

Al momento de sonar el estampido, el Rey se asomó á la ventanilla del coche. La Reina no podía ocultar su emoción.

Los Reyes, como antes decimos, se apearon á poco rato y montaron en el coche de respeto que les precedía, siguiendo hacia Palacio.

La serenidad, el valor del joven Monarca, emocionaron á todos. Al tomar el coche de respeto los Reyes, su valor se sobrepuso al pánico general y estalló en el gentío una ovación indescriptible.

Lista de muertos

La marquesa de Tolosa y su hija.

D. Antonio Calvo González.

Su niña Carmen Prieto.

Un corneta.

El guardia municipal Tomás Oviedo.

Un teniente del Regimiento de Wad-Ras.

Un palafrenero.

Dos soldados del Regimiento de Wad Ras.

Francisco Benito Guerra.

Otro que quedó muerto en un balcón.

Los heridos

Santiago Roger, jornalero, con erosiones.

El guardia municipal, número 419, D. Alejo Gallego.

Julián García y Elanos, soldado, en la frente.

El corneta Pablo Padrino Fernández, en las piernas y párpado derecho.

D.ª Soledad Ochoa, leves en las manos.

D. Agustín Chueca.

Un Teniente del Regimiento de Wad-Ras.

D.ª María Zabala.

D.ª Josefa Pérez, en un muslo y una pierna.

D. Isidoro Valcarcel.

Doña María Piecho.

El Guardia Luis Galván, núm. 852 en una mano.

El niño José María Arroyo, herida grave en la cabeza.

Nicéfora Diez.

Teresa Rodríguez.

Tomasa del Amo.

Doña María Sánchez, grave.

El capitán ayudante de Wad Ras, muy grave.

Lorenzo Sanz Martínez, de dieciséis años, natural de Valladolid, habitante en Zaragoza, que se hallaba presenciando el paso de la comitiva, sintió en la cabeza el golpe de uno de los cascos, que le produjo una herida en el occipucio.

Sin embargo, repuesto al instante, acudió en auxilio de un capitán de infantería, ayudante del coronel de las fuerzas, que cayó á su lado gravemente herido en un hijo.

El caballo de dicho oficial murió allí, destrozado por la bomba.

Un anarquista

El agente del campo de Gibraltar, José Gil Mesa, detuvo una hora después entre los grupos, á un joven modestamente vestido, pálido y con escaso pelo de barba, que dió un grito de ¡Viva la anarquía!

Lo presentó en seguida en el Gobierno civil, donde se estaba tomando la filiación de los demás.

—

La boda del Rey

La Princesa en Madrid

A las ocho próximamente llegó la novia al Ministerio de Marina en uno de los automóviles eléctricos de la Reina.

Como llevaba las cortinillas bajadas y el coche iba á gran velocidad, la gente no se enteró de la presencia de la futura Reina y por eso no la hizo la ovación que deseaba.

Las tropas

Los sones alegres de las músicas militares se oyen en la plaza de Oriente á las ocho y media de la mañana. Desfilan marcialmente los regimientos de infantería; cruzan al trote los escuadrones de caballería, y por último se vió pasar á los marinos, que despiertan grandemente la atención del público.

Los marinos se sitúan en la explanada de la plaza de Armas. La perspectiva de la anchurosa planicie es brillantísima. Las blancas blusas de los marinos contrasta con el severo uniforme de los soldados, formando un conjunto sumamente pintoresco.

Las tribunas de la Almudena y de la calle de Bailén estaban atestadas. El sol era abrasador, y las señoras se defendían con las sombrillas, cuyos variados colores eran notas que contribuyen al esplendor del cuadro.

En la plaza de Armas

Mientras tanto, en la plaza de Armas el movimiento es incesante.

Los caballos, los servidores palatinos, los palafreneros y carreristas, se colocaron en los puntos que se les había designado de antemano.

También entran las carrozas, que se sitúan delante de la puerta principal y en el ala derecha de la plaza.

La curiosidad del público aumenta; su impaciencia por ver al Rey y á la princesa es enorme.

Salida de las comitivas

A las nueve y veinte minutos aparecen en la calle de Bailén las primeras carrozas de la comitiva del Rey, que avanzan lentamente.

Las carrozas de los grandes son lujosísimas. Dentro van los grandes de España.

Al pasar los Infantes, los tambores lo anuncian y las músicas baten marcha.

A las diez menos cuarto el eco de los cañonazos indica que el Rey y la princesa van á salir.

Al aparecer la carroza de la corona el público prorrumpe en un viva estruendoso, y el rey sonrie agradeciendo las manifestaciones de simpatía del pueblo.

Los aplausos no cesan y las músicas tocan la marcha real.

Poco después, á las diez y cuarto, salieron de Palacio los coches en que iban la Reina madre y los hermanos de la Princesa.

Se produjo en la muchedumbre un movimiento de gran expectación.

La Reina madre, emocionada, contestaba á las demostraciones de respeto que recibía.

La carroza de la Reina

En la carroza que conducía á la futura Reina iban la Reina madre, la Princesa de Battenberg y la gentil Princesa llamada á compartir el Trono de España con nuestro Soberano.

La Reina madre daba la derecha á la Princesa Victoria, y enfrente iba su madre, la Princesa Beatriz.

La futura Reina de España estaba deslumbradora. La emoción coloreaba sus mejillas y el blanco traje de desposada prestaba singular realce á la pureza de sus líneas y á sus rubios cabellos.

Al salir del ministerio de Marina tuvo la Princesa Victoria la primera ovación.

—¡Viva la Reina Victoria!—gritó el público.

—El principal festejo es verla—añadían otros.

—Parece un ángel—decía una mujer de pueblo.—Es hermosa como el sol.

—¡Dios te bendiga!—exclamaban otras.

Las mujeres, desde los balcones, agitaban con frenesí los pañuelos.

La Princesa saludaba con la mano cariñosamente.

El desfile de la comitiva del Rey por la plaza de Oriente dura veinticinco minutos.

El público esperó después más de tres cuartos de hora á la comitiva de la Princesa, tiempo que tardó el Rey en llegar al Congreso.

La Princesa en peligro

Cuando la egregia novia, deslumbrante de hermosura y radiante de felicidad, se cogió al pasamanos de la carroza para subir á ésta, frente al ministerio de Marina, los caballos arrancaron antes de tiempo, poniendo á la futura Reina en peligro de caerse.

Quedó un momento tambaleándose, entre la más viva inquietud del público, que lanzó una exclamación de terror, hasta que pudo poner el pie en el estribo y tomar asiento en el carruaje.

Fué un momento muy interesante, que evidenció las simpatías que desde primera hora llevaba ganadas entre el pueblo español nuestra hermosa Soberana.

En la calle del Arenal

Los preciosos adornos de la calle del Arenal lucen extraordinariamente al sol.

Aguardan todos, como aliciente principal, el paso de la Princesa Victoria. Este cortejo se hace esperar largo rato, cerca de una hora.

La Princesa Victoria, atrayente, encantadora, espléndida, saluda graciosamente, contestando al clamor popular, que la saluda con entusiasmo.

Un murmullo de ansiedad, una voz unánime de aprobación, sigue el coche de la Reina futura, que va acompañada por su madre, de arrogancia sugestiva, y por la madre del Rey, que no oculta su emoción.

A as diez acabó de pasar la comitiva del Rey; á las once ha pasado la de la Reina Victoria.

En la Puerta del Sol

Casi todos los coches Reales van llenos. Los principes de Gales, la Princesa, soberbia, se destacan. El coche que lleva varios herederos, Portugal, Austria, Bélgica y el gran duque Wladimiro, atrae las miradas; el heredero de Portugal triunfa sobre el elogio popular por su apostura, su juventud, su simpatía.

Aguardando el paso de la Reina futura, la gente no se mueve del asfalto, que el calor ablanda; pero esta comitiva tarda largo rato.

La princesa Victoria es aclamada y admirada al pasar. La ovación viene de la calle del Arenal entusiasta, y sus ecos siguen por la carrera de San Jerónimo.

En la Puerta del Sol las voces se oyen claras, enérgicas: ¡Vivan las Reinas guapas! y algún ¡olé!, más expresivo que todos los vítores consagrados.

Camino de la Iglesia

La aglomeración de gente es igual por todas partes, siendo completamente imposible todo movimiento.

Las primeras filas en las aceras del sol se renovaban con gran frecuencia, por ser inaguantable el calor.

En los balcones, tribunas, azoteas y tejados se apiñaba la gente, sin preocuparse, ni de la espera, ni del cansancio, ni del calor.

A las diez y cuarenta y cinco minutos llegó á la iglesia de los Jerónimos el Soberano con su lucido acompañamiento, siendo aclamado por cuantos ocupan las tribunas y las inmediaciones.

Los jardinillos cercanos fueron invadidos por la muchedumbre, que en el tiempo que medió desde la llegada de una á otra comitiva se echaba sobre la yerba y á la sombra de los árboles, buscando un poco de fresco con que mitigar los efectos del calor.

El segundo cortejo, en el que iba la que á estas horas es ya Reina de España, hizo su marcha con alguna más celeridad.

La curiosidad era tan viva y acentuada, que al paso de la Princesa la gente se abalanza sobre la tropa, pretendiendo romper las filas.

Algunas mujeres, echadas en el suelo miraban por entre las patas de los caballos, ávidas de contemplar más de cerca á la que ya comparte con don Alfonso el Trono de nuestra nación.

La impaciencia pudo producir algún desorden; pero hay que consignar, en honor del público, que estuvo muy sumiso y acatando todas las indicaciones de la fuerza armada.

El entusiasmo que producía en la multitud la presencia de la Princesa, era extraordinaria.

De todas partes surgían aclamaciones delirantes, que se confundían con el clamoreo creciente de la muchedumbre, los aplausos y los vítores.

En balcones y tribunas se agitan pañuelos y banderas.

Al llegar frente al Congreso, cuya escalinata está ocupada por multitud de señoras, saludan á la Princesa puestas todas en pie, correspondiendo ésta con una angelical sonrisa y un expresivo saludo.

De ovación en ovación, ó mejor dicho en medio de una ovación continuada, que constituye un espectáculo hermosísimo, llegó la Princesa Victoria á la iglesia de los Jerónimos á las once y cinco.

Al descender de la carroza que la conducía, el golpe de vista no podía ser más admirable.

Frente á los Jerónimos

Al llegar allí la comitiva de la Princesa, el público, invadiendo desordenadamente los jardines del Museo, trató de llegar hasta la iglesia.

La Guardia civil y las fuerzas de Orden público tuvieron que hacer esfuerzos titánicos para contener á los curiosos, los cuales rompieron las cercas de alambre y pisotearon todo el plantío.

—

En los Jerónimos.

Aspecto del Templo

Las damas de la nobleza y todas las invitadas, ostentando riquísimas mantillas españolas. Los trajes de Corte, envueltos en reflejos multicolores de los ventanales, ofrecían partidas de cambiantes y fastuosas tonalidades.

La tribuna de los representantes extranjeros ofrecía también vivísimo interés al observador, con la mezcla de uniformes, colores y nacionalidades, apareciendo al lado del mandarín del Celeste Imperio el fiero descendiente del Profeta, con el jaique marroquí; vecino del pompón tricolor, el penacho de los cascos prusianos, y frente á la roja casaca inglesa, el obscuro uniforme moscovita y el siempre cubierto so dado de Turquía.

La iluminación es admirable por la cantidad y la acertada distribución de millares de lámparas.

El público aguarda con impaciencia la llegada del Rey y con emoción la de la augusta Princesa llamada á compartir el Trono con D. Alfonso XIII.

Parece imposible ver cuadro más hermoso que el ofrecido esta mañana en el interior del templo de los Jerónimos ni escena que despierte más vivo interés ni mayores simpatías que el enlace de nuestro Monarca con la bellísima Princesa Eugenia Victoria.

El altar

Veíase el hermoso altar cubierto en su base por palmeras, y sobre el ara grupos de flores, predominando el azahar.

En el presbiterio habíase colocado un suntuoso reclinatorio, con dos sillones para los Reyes; á la derecha tomaron asiento los cardenales Casañas, Martín Herrera y Nuncio de S. S.; á la izquierda los arzobispos de Valencia, de Tarragona y Zaragoza y obispos de Madrid, Lugo, Solsona, Oviedo, Jaén, Sigüenza, Coria, Segovia, Astorga, y San Luis de Potosí.

Entre los prelados tomó asiento el obispo de Nottingham, que fué el que asistió á la Reina en la ceremonia de su conversión.

En torno de las altas dignidades de la Iglesia se veía á los capellanes de honor de Palacio y clero de la parroquia.

El cuadro que ofrecía el presbiterio resultaba solemne.

Las tribunas

Desde las nueve de la mañana comenzaron á llegar damas y personajes, y á las diez ya estaban completamente llenas las tribunas.

En la de diplomáticos estaban todos los representantes extranjeros con el personal de sus Legaciones, figurando al lado del enviado del Sultán de Marruecos el de Turquía y el de China.

Con todo el personal, que llenaba el templo, ofrecía la iglesia de San Jerónimo á las diez y media de la mañana, hora en que llegó á la escalinata la primera carroza de la comitiva, un aspecto deslumbrador, fantástico, artístico, imposible de reflejar con exactitud para que el lector pueda formarse cabal idea.

Llega la comitiva

A las diez y media comenzaron á entrar los Príncipes extranjeros; todo el mundo se puso en pie, y la expectación que se produjo fué inmensa.

El crucero del hermoso templo se había reservado para la familia Real.

A la izquierda estaba colocado el trono, formado por ricos tapices bordados en oro y dos sillones lujosísimos; á su lado, otro sillón con reclinatorio para la Reina doña Cristina. Siguiendo á éste los sillones para los individuos de la familia Real española, y frente al trono, sillones de Corte para los Príncipes extranjeros.

Sucesivamente fueron entrando y tomando sitio por este orden: el Príncipe y la Princesa de Gales, él con el traje de marino inglés, el Toisón y la Jarretiera, y ella con vestido blanco bordado de oro y corona de perlas y brillantes; el archiduque heredero de Austria, el de Portugal, el de Bélgica, el duque Wladimiro, hermano del Zar; el duque de Génova con su señora que viste espléndido traje de Corte de lentejuelas de plata, que cubre por completo la tela sobre que están aplicadas, el Príncipe Alberto de Alemania, el Príncipe Andrés de Grecia, Eugenio de Suecia y el Príncipe heredero de Mónaco.

Siguen á estos los Príncipes que asisten sin representación directa de Soberanos, y ocupa el primer término la Princesa Beatriz, que vestía traje color ceniza, cruza su pecho la banda de María Luisa y en la cabeza lucía rica diadema de brillantes; sigue á ésta la Princesa de Sajonia Coburgo-Gotha y Alicia de la Gran Bretaña, que por su juventud, su distincion y su belleza fué también acogida con murmullos de admiración, y la Princesa Federico de Hannover, con traje blanco, adornando éste y el rico manto de Corte soberbios encajes que llamaron la atención.

Entre estos Príncipes tomaron asiento los hermanos de D. Carlos, con sus uniformes del Ejército y la Marina españolas, y D. Fernando de Baviera, que lucía la banda de Alfonso XII.

A las once menos veinte minutos entró la familia Real española.

En primer término entraron la Infanta María Teresa y el Infante D. Fernando; después, la infanta Eulalia con su hijo el Infante don Alfonso, y por último, juntas, las Infantas Isabel y Paz, vistiendo las Infantas ricos trajes de Corte y adornádose con una verdadera riqueza en joyas, sobresaliendo una esmeralda de la Infanta Isabel; fué también admirado el traje de la Infanta Eulalia, blanco bordado en oro y manto rojo con el mismo bordado.

Llegada del Rey

A las once menos cuarto se anuncia la llegada del Rey.

A la puerta del templo le esperan los capellanes de honor con rico palio.

La orquesta dirigida por Mateos toca la marcha Real; y D. Alfonso, radiante de satisfacción, cruza la nave de San Jerónimo, inclinando la cabeza ante las Cámaras y representantes extranjeros, ocupando el sillón de la izquierda en el trono.

Tomó asiento y esperó la llegada de la gentil Princesa de Battenberg, que se retrasó bastante, pues no llegó hasta las once y veinte minutos.

Llegada de la Princesa

A las once y veinticinco minutos entraron los Príncipes de Battenber, Leopoldo y Mauricio, con trajes de escoceses, y Alejandro, con traje de marino.

El duque de Sotomayor, el marqués de la Mina, el general Pacheco y el general Bascaran salen á esperar á la futura Reina.

En la puerta la espera el clero, con palio, y en el pórtico aguardan todos los mayordomos y gentileshombres.

El obispo de Sión se prepara para darla el agua bendita, y un instante después se detiene la carroza frente á la escalinata de San Jerónimo, descendiendo primero la Reina Cristina, que da la mano á la Princesa Victoria, y ésta se presenta ante el público visiblemente emocionada.

Llegaron á la puerta del templo, y siempre de la mano de doña Cristina y acompañada también de su madre, entra en la iglesia.

Su emoción es tan visible, que en algunos instantes se la vió vacilar, sobre todo al hacer las reverencias de etiqueta; el efecto que produce su presencia es de extraordinaria excepcional simpatía, y de no haberlo impedido la etiqueta, seguramente habria sido objeto de delirante ovación en el templo.

Vestía la gentil Princesa de blanco, con una diadema de brillantes y un manto riquísimo, prendido al cuello, en vez de estarlo en la cintura.

La Reina madre lucía elegante traje gris con manto malva.

El matrimonio

La comitiva de la Princesa se dirigió al presbiterio, donde ya essperaba el Rey y el cardenal Sancha, vestido de pontifical y asistido por prelados y capellanes de honor.

Inmediatamente ocuparon su puesto la Reina Cristina, madrina, y el príncipe don Carlos padrino, y comenzó la ceremonia.

En la iglesia se produjo un gran silencio. Todos ansiaban oir el *sí* de los novios.

Cuando llegó este momento, D. Alfonso se dirigió á su madre, y poniendo la rodilla en tierra solicitó la ratificación de su permiso, y la Princesa Victoria hizo lo propio, bajando hasta el puesto que ocupaba la suya; La Princesa Beatriz retuvo á su hija entre sus brazos, y al retirarse ésta, la madre quedó llorando.

Estas escenas redoblaron las simpatías que inspiraba el acto; segundos después el Rey, con voz entonada, pronunció el *sí*, que se oyó en gran parte del templo; el de la Princesa no pudo oirse.

Terminados los desposorios, el cardenal Sancha dijo la misa de velación, y á las doce y media, la Reina doña Cristina y el Príncipe D. Carlos colocaban la banda sobre los hombros de los contrayentes y recibían éstos la bendición del primado de las Españas.

La que fué Princesa de Battenberg era ya Reina de España y apenas terminó la misa, el Rey, llevando del brazo á su esposa, bajó del presbiterio al trono.

Esta vez se impuso el entusiasmo al Protocolo y sonó una salva de aplausos.

El Te Deum

Fué entonado el «Te Deum» por el cardenal Sancha, y la orquesta, compuesta de 300 voces é instrumentos, cantó el «Te Deum» estrenado en la coronación, produciendo un efecto magnífico. Tomó también parte el orfeón Pamplonés.

Regreso á Palacio

A las doce y veinte minutos se inició en la puerta de los Jerónimos el movimiento revelador de que la ceremonia tocaba á su fin.

POR TELÉFONO

Madrid 1.º (8'30 mañana)

Las víctimas

No se sabe aun de una manera exacta el número de víctimas.

Sin embargo, compulsando los datos pueden calcularse en 18 á 19 los muertos, 34 los heridos graves y 60 los que están heridos levemente.

Esta tarde se verificará el entierro de la marquesa de Tolosa, y también el de Teresita Ulloa, hija de los condes de Adanero.

El entierro del Capitán del Regimiento de Wad Ras, D. Jacobo Prendergast, asistirán el ministro de la Guerra, el Capitán general de Madrid y los Jefes y Oficiales francos de servicio.

El entierro de las demás víctimas se verificará mañana, si como se cree, hoy se les practica la autopsia.

Trabajos del juzgado

Ha sido nombrado juez especial de esta causa D. Manuel Valle, el cual ha estado trabajando hasta la madrugada.

Hay 25 anarquistas detenidos, casi todos anarquistas del grupo llamado «Centro de Mayo».

Uno de los indicios que estima el juez como más preciso, es la declaración de una portera de la calle del Factor, la cual dice que vió subir apresuradamente á un individuo al piso principal de la casa, donde llamó diciendo á la dueña:

—Escóndame ó la mato.

Otros dicen que el sujeto en cuestión dijo al llamar en el piso principal de la calle de referencia:—Abrame, señora; yo soy quien ha arrojado la bomba. Si no me abre, me matan.

La señora cerró la puerta violentamente, y el aludido sujeto desapareció.

Siguen las fiestas

Al anochecer se reunieron los ministros en Consejo, y después de cambiar impresiones sobre el suceso, se acordó levantar el espíritu público, adoptando las medidas oportunas para que la opinión se asegure de que no quedará impune el atentado.

Desde luego se tomó el acuerdo de no suspender las fiestas las cuales se celebrarán con arreglo al programa anunciado.

El rey en peligro

Un fragmento de los cristales de la carroza regia, que saltaron hechos añicos, dió al Rey en el pecho, destrozando un anillo del cordón de la orden de Santiago de Portugal, que llevaba S. M.

De haber recibido D. Alfonso el golpe algunos centímetros más arriba, hubiera resultado gravemente herido en el cuello ó en la cara.

Auxiliando á la justicia

Los policías franceses que hay en Madrid se han presentado al conde de Romanones, ofreciéndose al Gobierno para ayudar al descubrimiento del autor del atentado.

¿Otra bomba?

Se dijo anoche que había sido hallada otra bomba en la puerta de la Capitanía general, ignorándose de qué elementos estaba compuesta.

Hallazgos

En el reconocimiento hecho en la casa de que partió la bomba, se han encontrado varias sustancias químicas con las etiquetas de Londres, periódicos anarquistas y otros objetos.

Los Reyes aclamados

Hasta bien entrada la noche, han permanecido grandes masas de gentes del pueblo, frente al balcón principal de Palacio, presentándose en él varias veces los Reyes para saludar cariñosamente á la multitud que les aclamaba con delirante entusiasmo.

BERMÚDEZ

Imprenta del Diario de Avisos